

Las revueltas de Nápoles y Sicilia (1647-1648)

LUIS ANTONIO RIBOT GARCÍA
Universidad de Valladolid

Las revueltas napolitana y siciliana de 1647-1648 no solo coinciden en el tiempo, sino que presentan entre sí una gran similitud tanto en sus orígenes como en su desarrollo. La causa lejana de ambas —como de otras tantas crisis de la Monarquía Hispánica en estos años— es la guerra y el fuerte crecimiento de la fiscalidad generado por ella, de ahí que haya sido frecuente la caracterización de tales episodios como levantamientos antifiscales, etiqueta demasiado sencilla que dificulta la percepción de la riqueza y profundidad de dichos movimientos.

Aurelio Musi ha señalado recientemente dos características comunes a los reinos de Nápoles y Sicilia en la época española: la marcada impronta del feudo y el carácter dependiente de la economía, orientada claramente hacia la exportación de materias primas y controlada por comerciantes extranjeros. Tales hechos son importantes para entender las revueltas de los años cuarenta que surgen, además, cuando ambos territorios se encuentran afectados por una crisis económica que sancionará el carácter semiperiférico de la zona¹.

Pese a que cronológicamente los levantamientos de Palermo se iniciaron antes, los historiadores se han ocupado más y, por lo general, han concedido una mayor importancia a la revuelta napolitana, normalmente recordada por el nombre del primero de sus líderes, el vendedor de pescado Tommaso Aniello (Masaniello). Ciertamente, se trató de un movimiento más complejo y alcanzó

* Una versión prácticamente idéntica del presente trabajo, aunque algo más breve y sin notas, ha sido publicada con el título de la «Las revueltas italianas», junto a otra serie de análisis de las revoluciones de 1640, en el número 170 de *Historia 16*, de junio de 1990.

¹ A. MUSI: «La rivolta antispagnola a Napoli e in Sicilia», en AA VV *Storia della società italiana*, vol. XI, *La Contrariforma e il Seicento*, Milán, 1989, págs. 317-358, 544-545; la referencia en las págs. 321-322.

desarrollos más amplios que las insurrecciones de Sicilia; el mayor dinamismo y riqueza de la formación social napolitana explica, en buena medida, esta diferencia.

Una de las principales características del reino napolitano radicaba en el protagonismo de la capital, Nápoles, una de las mayores ciudades de Europa, con más de 300.000 habitantes antes de la gran peste de 1656, en contraste con la escasa importancia urbana del resto del reino. Nápoles es «la ciudad» y concentra no sólo buena parte de la población, sino las funciones urbanas, lo que, según señala Musi, implica una provincialización del Mezzogiorno y la heterogeneidad entre dos sociedades: la de la capital y la de la provincia agraria².

Rosario Villari, en su libro, ya clásico, publicado en 1967, sobre los orígenes del levantamiento napolitano, describe el sistema político del reino sobre la base de la existencia de dos polos de poder: la instancia real y la potente nobleza feudal napolitana, «i baroni», que ocupaba muchos de los altos cargos de la Administración pública y dominaba dos organismos claves en la política del reino: el Parlamento y el gobierno de la capital. El buen éxito del sistema se apoyaba en el equilibrio entre las tendencias absolutistas del poder real y sus representantes y el respeto a la tradicional «autonomía» del reino, concepto que no implicaba otra cosa que la no intervención del rey frente a los múltiples poderes de la nobleza, tanto a escala local como nacional³.

Particular importancia tenía el gobierno de la ciudad de Nápoles, en manos de seis «eletti», cinco de los cuales procedían de los «seggi» o «piazze» nobles, gobernados por la llamada nobleza «di seggio» o «di piazza», clase dirigente del gobierno de la capital y principal bloque de poder oligárquico en el reino, lo que no deja de plantear tensiones con la nobleza «fuori seggio» o «fuori piazza». El sexto «seggio» pertenecía al «popolo» y era gobernado por el electo del pueblo. Todos los «eletti» integraban el tribunal de San Lorenzo que administraba la ciudad⁴.

Pero el sistema político napolitano no era capaz de evitar las tensiones, buena prueba de las cuales fue la insurrección popular ocurrida en la ciudad de Nápoles en 1585, en la que fue linchado el electo popular Starace. Había elementos claros de lucha social y de protesta política, tanto en la ciudad como en el campo; en este último no faltaban reacciones contra la renta feudal y, entre ellas, el bandolerismo. El temor de gobernantes y nobles favoreció, desde finales del siglo XVI, la consolidación de un acuerdo tácito entre nobleza y corona: así, de igual modo que el independentismo de los nobles fue

² *Ibidem*, págs. 318-320.

³ Vid. R. VILLARI: *La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)*, ed. esp., Madrid, 1979, págs. 13-39.

⁴ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello nella scena politica barocca*, Nápoles, 1989, págs. 72, 82, 104, 300-301. También G. MUTO: «*Il regno di Napoli sotto la dominazione spagnola*» en AA. VV., *Storia della società italiana*, vol. XI, (cit.), págs. 225-316; *vid.*, págs. 278 y sigs.

quedándose progresivamente al margen de la vida política, las declaraciones absolutistas desaparecieron poco a poco del lenguaje oficial⁵.

En el mundo urbano fue surgiendo y consolidándose un movimiento reformista, tendente a ensanchar las bases políticas y sociales del sistema. Ya en las algaradas napolitanas de 1585 habían aparecido reivindicaciones procedentes de juristas, letrados y sectores burgueses, en contra del predominio de la nobleza feudal. A comienzos del siglo XVII, autores como Summonte o Imperato defenderán, tímidamente, esta línea reformista, que encontrará su plasmación en las fallidas reformas del virrey duque de Osuna, a finales de la segunda década del Seiscientos⁶.

El análisis del poder político del reino de Nápoles, particularmente tras los estudios de autores como Comparato o Rovito, ha de tener en cuenta a la clase ministerial burocrática de los togados, cuya promoción al control de las instituciones claves, durante la segunda mitad del siglo XVI, fue propiciada por la monarquía, como señala Aurelio Musi, en el intento de consolidar una mediación burocrática frente a la mediación de los notables. El fracaso de esta tentativa, claramente perceptible desde finales de la segunda década del XVII, dio lugar a una doble tendencia: el empuje corporativo nobiliario en las instituciones centrales del reino, y la consolidación de una esfera administrativa periférica, paralela a la del estado napolitano y dominada, cada vez más, por manos privadas, lo que debilitará las articulaciones del poder público. Se produce así un primado del poder oligárquico sobre la función administrativa; el movimiento reformista señalado por Villari es, básicamente, la plasmación del descontento de la magistratura togada ante este hecho⁷.

Toda esta transformación revela un fracaso del Estado absoluto, que se vio claramente agravado por los importantes efectos de la guerra sobre la economía y la sociedad napolitanas, sobre todo a partir de 1635, en que se inicia el enfrentamiento hispano-francés. En estos años Nápoles se convertirá, después de Castilla, en el territorio de la monarquía que de forma más intensa colabora en el sostenimiento de un esfuerzo bélico cuyo coste, ya de por sí crecido, se incrementará aún más en 1640, con el inicio de los levantamientos de Cataluña y Portugal. La economía napolitana fue subordinada a las necesidades de la guerra. La hacienda del virreinato hubo de adaptarse a las crecientes demandas y obligaciones financieras impuestas por la Corte madrileña. Para ello fue necesario iniciar un vertiginoso aumento de la deuda pública e intensificar, al máximo, la presión fiscal, procesos ambos que implicaron, de una parte, una fuerte dependencia del capital privado y, de otra, el crecimiento del malestar social.

⁵ R. VILLARI: *La rivolta...* (cit.), pág. 10.

⁶ *Ibidem*, págs. 109 y sigs.

⁷ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...* (cit.), pág. 75 y sigs.

Aurelio Musi ha hecho notar la importancia que alcanza, en estos años, el sistema fiscal no sólo para el Estado, sino también para toda una masa de gentes que viven o se benefician de él: barones, estructuras eclesiásticas, bancos públicos, el sistema de aprovisionamiento público, los operadores financieros extranjeros, la organización de la pobreza y la asistencia, toda la gente vinculada a la Administración fiscal: más de 70.000 personas del denominado «pueblo noble», vinculados al arriendo de las gabelas y a su gestión administrativa. En contraste con tales gentes, beneficiadas por el fisco, están los perjudicados por él: no sólo y no tanto plebe y campesinos cuanto artesanos, pequeños comerciantes, figuras dañadas conjuntamente por la crisis agraria, la crisis manufacturera y la presión tributaria⁸.

La fuerte aportación financiera de Nápoles a las precisiones de la guerra sólo era posible con la colaboración de la nobleza feudal a las demandas de la corona. A cambio, la nobleza conseguiría aumentar, cada vez más, su autonomía, debilitando paralelamente la presencia del Estado. La grave crisis financiera que se abre a partir de 1635 tuvo una larga serie de implicaciones que, al tiempo que beneficiaban ampliamente a unos pocos, agudizaron las tensiones y el descontento de amplios sectores sociales: junto a las ya citadas, merece la pena aludir a la quiebra de los pequeños inversores, el recrudescimiento de las dificultades comerciales, el caos y la corrupción administrativa, la recuperación económica de la vieja nobleza, fuertemente endeudada desde la segunda mitad del XVI, el crecimiento de una «nueva aristocracia» integrada por comerciantes, burgueses, funcionarios, banqueros, especuladores, la crisis del Estado. En definitiva, toda una serie de procesos característicos que llevan a Rosario Villari a hablar de refeudalización⁹.

Una refeudalización que afecta a múltiples aspectos de la vida económica, social y política del reino de Nápoles: las operaciones financieras de un grupo de grandes especuladores les permitieron adquirir tierras, derechos, jurisdicciones y prerrogativas feudales a un precio relativamente bajo, con lo que el feudalismo invadió todos los rincones del reino. La vieja y la nueva nobleza aumentaron su poder, no sólo por medio de su participación en los negocios de la corona a través del crédito, sino, sobre todo, gracias a una mayor presión sobre vasallos, campesinos, municipios y sobre la burguesía de la capital. La ofensiva feudal se extendió, asimismo, al control del aparato estatal en sus dos sectores fundamentales: la administración de justicia y el sistema tributario¹⁰.

«En el decenio 1636-1647 —escribe Musi— se lleva a cabo la versión más conservadora del compromiso entre Monarquía y feudalidad en el Mezzogiorno español, es decir, un fuerte ascenso de la hegemonía nobiliaria tanto en la capital como en las provincias. Pruebas evidentes del mismo son el primado

⁸ Cfr. A. MUSI: «La rivolta antispagnola...» (cit.), págs. 327-328. *La rivolta di Masaniello...* (cit.), pág. 97 y sigs.

⁹ R. VILLARI: *La revuelta...* (cit.), págs. 162 y sigs., 192.

¹⁰ *Ibidem*, págs. 173 y sigs., 210 y sigs.

de los cinco «seggi» nobles del gobierno municipal de Nápoles; la transformación de los órganos de gobiernos de instrumentos de presión oligárquica; la hegemonía del Collaterale, compuesto en buena parte por regentes nobles «di seggio», que tiende a sustraer jurisdicción a los otros organismos consiliarios napolitanos como la Regia Camera della Sommaria y el Sacro Regio Consiglio; la progresiva restricción de las élites políticas. En la provincia agraria, como ha demostrado Villari, la presión fiscal se intensifica, el abuso se institucionaliza, las pocas tierras aún demaniales caen bajo el dominio baronial.»¹¹.

La crisis financiera benefició claramente a la nobleza. Por ello Villari apenas concede importancia a las conjuras nobiliarias que surgen, aisladamente, en los años anteriores a la revuelta. Los escasos nobles que optan por la conjura lo hacen en el paroxismo de su actitud «autonomista», pero no son sino una excepción poco significativa. La nobleza feudal apoya a una corona que beneficia sus intereses¹². En su reciente libro, Aurelio Musi ha insistido en el compromiso básico de la aristocracia con la Monarquía¹³. La conjura, en cualquier caso, es la antítesis del fermento revolucionario que poco a poco se iba extendiendo por el reino. «La conjura aristocrática —escribe Villari— y la revolución popular discurrieron a lo largo de dos líneas antitéticas y cada vez más divergentes a medida que se iba agravando el desequilibrio social y político»¹⁴.

La clave del gran intento revolucionario del 1647-1648 está en la crisis de todo el sistema políticosocial del reino. Más allá de la protesta popular y antifeudal, propiciada por la crisis productiva y alimenticia, el levantamiento expresa un movimiento político surgido del reformismo, que se manifiesta en una serie de reivindicaciones y resistencias particulares, poco armoniosas, que confluyen, sin embargo, según señala Villari, en el requerimiento de una intervención más eficaz del Estado en la defensa de la autonomía y la libertad de los municipios frente al poder feudal¹⁵. Juristas, abogados e intelectuales como Genoino, Antonio Basso o Camilo Tutini, expresan las reivindicaciones de sectores intermedios de la sociedad, en la búsqueda de un nuevo equilibrio político.

La interpretación «constitucional» de la revuelta es el punto central en el análisis de Pier Luigi Rovito, quien considera la revolución napolitana de 1647-48 como un movimiento inspirado y, en gran medida, dirigido por letrados, juristas, funcionarios, intelectuales, burgueses..., miembros todos ellos del

¹¹ Cfr. A. MUSI «La rivolta antispannola...» (cit.), págs. 327-328.

(Para mayor facilidad, en este caso y en el resto del trabajo, he traducido las citas al castellano).

¹² R. VILLARI: *La revuelta...* (cit.), págs. 135, 195 y sigs.

¹³ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...* (cit.) págs. 69 y sigs., 78 y sigs., 90 y sigs., 211.

¹⁴ R. VILLARI: *La revuelta...* (cit.), pág. 222.

¹⁵ R. VILLARI: «España, Italia y el absolutismo» en *Rebeldes y reformadores del siglo XVI al XVIII*, (ed. esp.), Barcelona, 1981, pág. 81.

llamado «ceto civile». Fue una revolución que intentaba reinstaurar la primacía del aparato burocrático del Estado, la «república dei togati» frente al absolutismo regio y a las instituciones de la nobleza feudal. El fuerte incremento de la fiscalidad extraordinaria, consentido por la nobleza, había sido la clave el crecimiento de su poder en el Estado y en la sociedad y el eje fundamental sobre el que se articuló la oposición política de los togados. Para Rovito, por tanto, la burguesía urbana fue la verdadera protagonista de la revolución, en la que intervinieron también las masas populares —urbanas y campesinas— exasperadas por la fiscalidad y la prepotencia nobiliaria¹⁶.

Más recientemente, Aurelio Musi ha hecho ver la amplitud de intereses y motivaciones que influyen en la revuelta, lo que hace imposible la unificación del frente revolucionario tanto en la capital como en las pequeñas comunidades urbanas y campesinas del reino¹⁷.

La revuelta se inicia en la capital el 7 de julio de 1647 por el motivo inmediato de protestas contra una exacción sobre la fruta. Se trata, en un primer momento, de un levantamiento protagonizado esencialmente por la plebe urbana, capitaneada por el vendedor de pescado Tommaso Aniello (Masaniello) quien, nombrado capitán general, fue durante diez días el auténtico caudillo popular. La importancia de Masaniello estriba, según Musi, en su capacidad para unir los dos componentes de masa de la sociedad napolitana: la plebe pobre no organizada y el pueblo inferior perteneciente a los gremios¹⁸. Tras él, como consejero, estaba el viejo abogado Giulio Genoino, uno de los mas conspicuos representantes del reformismo. Junto a la violencia, manifiesta en los incendios de numerosos palacios de la aristocracia, las reivindicaciones de los rebeldes tendían a la reforma del ordenamiento político de la capital (paridad en la representación de nobles y populares) y a la abolición de los nuevos impuestos. El 16 de julio Masaniello fue asesinado, abriendo paso este suceso a una nueva fase de la rebelión. La muerte del cabecilla popular había sido organizada, de acuerdo con el virrey, por jefes moderados de la revuelta, entre ellos, el propio Genoino¹⁹.

El 22 de octubre, ante el ataque militar hispano, el nuevo líder popular, Gennaro Annese, proclamó la república bajo la teórica protección de Francia. Poco después, el aventurero francés, Enrique de Lorena, duque de Guisa, que se encontraba exiliado en Roma, llegó a Nápoles para encabezar una extraña república que recibiría el llamativo título de Real República Napolitana. El abandono de la lealtad monárquica hacia Felipe IV no era, según Villari, un objetivo original de los rebeldes, sino una exigencia de la propia lucha

¹⁶ Vid. P. L. ROVITO: «La rivoluzione costituzionale di Napoli (1647-1648), en *Rivista Storica Italiana*, XCVIII, 1986, págs. 367-462.

¹⁷ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...* (cit.), pág. 208.

¹⁸ A. MUSI: «La rivolta antispagnola...» (cit.), págs. 330 y sigs.

¹⁹ R. VILLARI *Elogio della dissimulazione. La lotta politica nel Seicento*, Roma, Bari, 1987, pág. 83.

antifeudal, ante la sólida alianza de la aristocracia y el Gobierno español²⁰. Rovito, sin embargo, ha hecho notar la existencia de antiguas y recientes acciones republicanas entre la clase togada²¹. El propio Villari, en trabajos más recientes, ha resaltado la importancia de las corrientes republicanas y antiespañolas que salieron a la luz en 1647²². Republicanismo y anti-españolismo, según Musi, estaban presentes entre los sectores más radicales de la rebelión y explican el giro que tomó ésta en octubre de 1647²³.

Las divisiones entre los rebeldes y la falta de un apoyo francés efectivo llevaron a la capitulación frente a las tropas hispanas, el 5 de abril de 1648. La revuelta de la capital había sido seguida por una amplia serie de levantamientos en las provincias que, al caer Nápoles, se extinguieron o fueron dominados por las tropas del rey y de los nobles. Mas allá de lo ocurrido en la ciudad de Nápoles, en 1647-1648 se produjo en el reino un gran levantamiento campesino, imposible de coordinar y controlar por los rebeldes de la capital. La revuelta toca a una gran fractura entre ciudad y campo. «Las formas de organización, de lucha política de la capital —escribe Musi— corren en paralelo con las del campo, pero no se encuentran casi nunca»²⁴.

La vuelta de los españoles inauguró una etapa en la que el nuevo virrey, conde de Oñate, hábil estadista, supo construir un nuevo equilibrio de poder centrado más sobre los componentes mercantiles y burocráticos de la sociedad napolitana que sobre los grupos nobiliarios. Tras la revuelta hubo un descenso de la presión fiscal en la capital, logrado gracias a una mayor presión sobre las provincias. Para Musi, el campo y el campesinado fueron los grandes perdedores. «Quien salió beneficiado del enfrentamiento de 1647-1648 en condiciones de igualdad fue el baronazgo: los españoles restablecieron el antiguo equilibrio entre la capital «togada» y la provincia «feudal», si bien con una inclinación más decidida hacia la primera»²⁵.

A partir de datos de Domenico Ligresti, Aurelio Musi ha señalado una diferencia importante de Sicilia con respecto a Nápoles. La isla, a finales del siglo XVI, presenta una población concentrada preferentemente en las ciudades; su tasa de urbanización es una de las mayores de Europa. En Sicilia no hay un único modelo urbano sino que existe un bipolarismo Palermo-Mesina, ciudades ambas con más de 100.000 habitantes a finales del XVI; Palermo es la

²⁰ R. VILLARI: «El feudalismo y el Estado napolitano en el siglo XVII», artículo recogido en *Rebeldes y reformadores...*(cit.), pág. 100.

²¹ P. L. ROVITO, art. cit., *passim*.

²² R. VILLARI: *Elogio della dissimulazione...* (cit.), págs. 62 y sigs., 87.

²³ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...* (cit.), *passim*. «La rivolta antispagnola...» (cit.), págs. 340 y sigs.

²⁴ A. MUSI: *La rivolta di Masaniello...* (cit.), pág. 41.

²⁵ A. MUSI: «La rivolta antispagnola...» (cit.), pág. 351. Sobre la historia del reino de Nápoles en la segunda mitad del siglo XVII, véase G. GALASSO, *Napoli spagnola dopo Masaniello. Politica, Cultural, Società*. Florencia, 1982.

capital político-administrativa, el centro de residencia de la potente nobleza feudal, la cabecera de Sicilia cerealista; Mesina, por su parte, representa la Sicilia de la seda y aloja una burguesía mercantil que reivindica para la ciudad del estrecho una amplia autonomía basada en sus múltiples privilegios y compite con Palermo por la capitalidad del reino²⁶. No deja de ser curioso que en 1647-1648, mientras se produce la rebelión en Palermo, y en otros muchos lugares de la isla, la oligarquía ciudadana logra controlar la situación en Mesina.

En las décadas anteriores a la revuelta, el reino de Sicilia contribuyó también fuertemente a los gastos de la guerra. Se ha calculado que entre 1620 y 1650 la isla aportó, como mínimo, una suma de 10 millones de escudos, cantidad importante habida cuenta de que los ingresos de la hacienda siciliana a comienzos del siglo XVII se situaban anualmente entre los 600.000 y los 800.000 mil escudos. Al igual que en Nápoles, el recurso masivo al crédito y la presión fiscal fueron las únicas formas de obtener el dinero necesario. Para garantizar los numerosos préstamos contraídos por la hacienda real, se hizo necesario, como señala Maurice Aymard, vender el capital de la misma, es decir, enajenar múltiples ingresos propios del patrimonio real lo que llevó a una fortísima dependencia de la real hacienda con respecto al capital privado. No sólo se venden efectos del real patrimonio, sino también castillos, feudos, oficios, tierras, derechos de justicia..., en beneficio fundamentalmente de grandes hombres de negocios —genoveses sobre todo— y letrados sicilianos pertenecientes a la alta Administración del reino, gentes que, en su mayor parte, al amparo de la crisis, logran insertarse en las filas del baronazgo.

Pero la masiva enajenación patrimonial benefició asimismo a buen número de pequeños compradores de rentas, desviando muchos de los capitales locales de formas de inversión más productivas y ensanchando enormemente el sector social de los rentistas del Estado. A largo plazo, el consumo interno, en contracción, hubo de soportar la pesada carga de pagar anualmente a los compradores de efectos enajenados, en un periodo de dificultades económicas que contribuyeron a explicar la insurrección popular de 1647-1648²⁷.

Este proceso de endeudamiento de la real hacienda para con el capital privado ha permitido a Romualdo Giuffrida hablar también de refeudalización, como consecuencia de la abdicación por parte del Estado, en beneficio sobre todo de la burguesía y la nueva nobleza, de muchos de sus poderes en el terreno político y económico²⁸. Al propio tiempo, la extensión de la venalidad de

²⁶ A. MUSI «La rivolta antispannola...» (cit.), págs. 320-321, D. LIGRESTI, *Sicilia Moderna: le città e gli uomini*, Nápoles, 1984, pág. 5 y sigs. La oposición Mesina-Palermo en L. A. RIBOT GARCÍA, *La revuelta antiespañola de Mesina. Causas y antecedentes*, (1591-1674), Valladolid, 1982.

²⁷ Cfr. M. AYMARD: «Bilancio d'una lunga crisi finanziaria», parte II de «I genovesi e la Sicilia durante la guerra dei Trent'anni», en *Rivista Storica Italiana*, LXXXIV, IV, 1972, págs. 988-1021.

²⁸ R. GIUFFRIDA: «La politica finanziaria spagnola in Sicilia da Filippo II a Filippo IV (1556-1665)» en *Atti dell' Accademia di Scienza, lettere e Arti di Palermo*, XXXIV, parte II, 1974-75, Palermo, 1975, págs. 77-123; la cita en págs. 104-105. (También en *Economia e Credito*, XV, 4, 1975 y en *Rivista Storica Italiana*, 88, 1976).

oficios, estudiada por Vittorio Sciuti-Russi, agravó el proceso de degradación de la ética en la Administración pública. La privatización de cargos, la venta de títulos, la idea del Estado como fuente de provecho particular llevaron a la disgregación del sistema político-administrativo español en Sicilia²⁹.

Todo ello se hace con la aquiescencia —y el beneficio— de la vieja nobleza que, deseosa de superar su grave crisis económica, apoya las demandas de la corona, transfiriendo a las clases populares una grave carga fiscal. Para ello, abandona el sentido «nacional» que, según algunos autores, tuvo a finales del siglo XVI, y busca un entendimiento con la Monarquía, que en 1598 ha creado el organismo encargado de aliviar el fuerte endeudamiento de dicho grupo: la *Deputazione degli Stati feudali*.

En Sicilia no existirá un enfrentamiento entre la vieja y la nueva nobleza procedente del comercio, las finanzas y los oficios, que incrementa sus efectivos, poder y riqueza en la crisis financiera abierta por la guerra de los Treinta Años. Hay, por lo general, una asimilación rápida. No existe tampoco, como en Nápoles, una oposición entre la nobleza y los letrados y oficiales: más bien parece constituirse un sólido bloque de poder, bastante armónico —lo que no excluye ocasionales tensiones y conflictos de intereses— integrado por baronazgo (viejo y nuevo), arrendadores de impuestos, hombres de negocios y altos oficiales de la Administración. Un bloque de poder que es, ante todo, un grupo ávido de dominio, que utiliza el Estado en su beneficio.

La grave carga fiscal contribuye decisivamente al fuerte endeudamiento de los municipios, como es el caso de Palermo, y cae, en última instancia, sobre campesinos y habitantes de los núcleos urbanos, auténticas víctimas del amplio proceso de refeudalización. La escasez alimenticia y el alza de precios, causados por las malas cosechas de 1646 y 1647, precipitan el levantamiento³⁰.

El 20 de mayo de 1647 comienza en Palermo la primera fase de la revuelta, protagonizada preferentemente por los estratos inferiores de la población, bajo la dirección del líder popular Antonino La Pílosa. El objeto principal de los rebeldes es la supresión de las llamadas «cinco gabelas» sobre artículos de primera necesidad (grano, vino, aceite, carne, queso). Junto a los líderes populares intervienen en la revuelta los gremios y ciertos intelectuales de la clase media, que buscan ampliar las bases del poder municipal.

Desde fines de mayo se producen rebeliones en muchos lugares de la isla. De entre las grandes ciudades, sólo en Mesina se mantuvo la quietud. En Palermo, tras un período de cierta calma, el 15 de agosto se inicia la fase más importante de la rebelión, bajo el liderazgo del batidor de oro, Guiseppe

²⁹ Cfr. V. SCIUTI-RUSSI: *Astrea in Sicilia. Il ministero togato nella società siciliano dei secoli XVI e XVII*, Nápoles, 1983, págs. 215-216, 230-240.

³⁰ Un estudio de los efectos de la política del conde-duque de Olivares sobre el reino de Sicilia en L. A. RIBOT GARCÍA, «La época del conde duque de Olivares y el reino de Sicilia» en J. H. Elliott y A. García Sanz (coordinadores) *La España del conde duque de Olivares*. (Encuentro Internacional celebrado en Toro, en septiembre de 1987), Valladolid, 1990, pág. 653.

d'Alessi, quien trató de establecer un acuerdo entre gremios, nobles y representantes del virrey, sobre la base de la reducción de la carga fiscal y la mayor participación de los gremios en el gobierno municipal. El 22 de agosto D'Alessi fue asesinado por los elementos más radicales, con la complicidad de algunos nobles. La cuarta y última fase de la revuelta, hasta mediados de 1648, alterna una dura represión en las tierras feudales del campo siciliano, con una hábil política contemporizadora del virrey provisional, cardenal Teodoro Trivulcio, en Palermo y las principales ciudades. En julio de 1648, dominados ya la mayoría de los levantamientos locales, el cardenal introdujo tropas españolas en Palermo y acabó, poco a poco, con todas las conquistas populares.

A diferencia de los sucesos de Nápoles, las revueltas sicilianas no desembocaron en un planteamiento antiespañol. Sabemos de algunos complots republicanos que fueron abortados y que no parecen sino proyectos aislados. En 1649, tras el final de los levantamientos, se descubrió un proyecto de conjura que, al parecer, trataba de convertir a Sicilia en un reino independiente; en ella, junto a una serie de intelectuales, figuraban algunos miembros de la vieja nobleza siciliana. No era sino una más, aunque quizá la más importante, de las escasas, esporádicas y descabelladas conjuras antiespañolas que se producen en Sicilia en el curso de los siglos XVI y XVII. Ni tenía posibilidad de éxito, ni pasaba de ser la expresión de las ideas, el descontento, la frustración o las ambiciones de personas aisladas. La nobleza y los sectores participantes en el gobierno del reino estaban fuertemente imbuidos del lealismo monárquico.

En las revueltas sicilianas hubo una fuerte desconexión entre los distintos levantamientos locales. Solamente los palermitanos plantearon reformas que afectaban a todo el reino, lo que no altera sustancialmente el carácter local, municipal y antifeudal de los principales levantamientos. En comparación con la revuelta de Nápoles, parece haber una menor presencia de ideólogos y dirigentes de clases medias, abogados e intelectuales reformistas. De todos modos, éste es uno de los muchos aspectos que aún deben ser analizados en el estudio de las revueltas de Sicilia, que no han suscitado el interés ni atraído la atención de los historiadores en la misma medida que los levantamientos contemporáneos de Nápoles³¹.

³¹ Sobre las revueltas sicilianas de 1647-1648, véanse, entre otros: A. SICILIANO «Sulla rivolta di Palermo di 1647» en *Archivio Storico Siciliano*, IV-V, 1938-39, págs. 183-303. H. G. KOENINGSBERGER «The revolt of Palermo in 1647» en Cambridge, *Historical Journal*, 8, 1946, págs. 129-144, y en el libro de dicho autor *Estates and revolutions. Essays in Early Modern European History*, Ithaca, Londres, 1971, págs. 253-277. G. GIARRIZZO «La Sicilia del Viceregno al regno» en vol. IV de *Storia della Sicilia*, dirigida por Rosario Romeo, Nápoles, 1978, trabajo recitado con una actualización de las notas y la bibliografía en «La Sicilia del Cinquecento all' Unità d'Italia vol. XVI de *Storia d'Italia*, dirigida por G. Galasso, Turín, L. A. RIBOT GARCÍA «Las revueltas sicilianas de 1647-1648», en prensa, en un volumen conjunto que será publicado por el centro de estudios Pierre Vilar, de Barcelona.